

# LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx

NO. 191

## LA VIDA SEXUAL DE IMMANUEL KANT

Jean-Baptiste Botul  
1896-1947

*Jean-Baptiste Botul (nació en Lairière, departamento de Aude, Francia, el 15 de agosto; murió allí mismo, el mismo día de su nacimiento) fue un filósofo autodidacto que, aun cuando no dejó obra escrita, se le reconoció por su gran calidad de conferenciante. Fruto de esta actividad es el ciclo de conferencias que sobre la vida de Kant, dictó en Paraguay en mayo de 1946. De la primera de éstas recogemos aquí un fragmento.*

Para muchos la imagen de Kant es la de un père tranquille (padre tranquilo) de la filosofía. Se conoce la regularidad de su empleo del tiempo y la trivialidad de su vida sedentaria. Nunca se alejó de su buena ciudad de Königsberg, cosa increíble en una época en la que todos los grandes filósofos – Voltaire, Rousseau, Diderot, Hume – fueron viajeros, europeos curiosos de su continente. Pero Kant se quedó en Königsberg. Ahí nació, ahí murió, ahí trabajó. Las grandes universidades alemanas de la época – Halle, Jena, Erlangen, Mittau – le ofrecieron cátedras de profesor, mas siempre las rechazó. Kant tenía sus hábitos: todos los días su criado Lampe lo despertaba cinco minutos antes de las cinco de la mañana, luego se sentaba a la mesa a las cinco en punto, bebía una o dos tazas de té, fumaba una pipa y preparaba toda la mañana, hasta las doce cuarenta y cinco, los cursos que impartía. Entonces tomaba un vaso de vino de Hungría y se sentaba a la mesa a la una. Después de haber comido, caminaba hasta la fortaleza de Friedrichsburg, siguiendo siempre el mismo camino, que fue bautizado por los habitantes del lugar como “el paseo del filósofo”. Era posible saber la hora sin necesidad de reloj pues el filósofo pasaba siempre exactamente a la misma hora. A las seis de la tarde, después de haber leído los periódicos, reanudaba el trabajo en su estudio, que conservaba siempre a

una temperatura de quince grados y en donde se sentaba de modo que pudiera ver las torres del viejo castillo. Su meditación fue interrumpida cuando el crecimiento de los árboles impidió un día tener a la vista aquel panorama. Hacia las diez de la noche, quince minutos después de haber dejado de pensar, se acostaba en su recámara, cuyas ventanas permanecían cerradas todo el año, se desvestía y se metía en la cama mediante una serie de movimientos especiales que le permitían quedar perfectamente cubierto toda la noche. Cuando las necesidades urinarias lo hacían despertarse, se guiaba con un cordel que había instalado entre su cama y el baño a fin de no tropezar por las noches.

En el Siglo de las Luces, en una Europa en ebullición, en plena Revolución francesa (que él aplaudía), permaneció fijo en esa ciudad a orillas del mar Báltico: Königsberg. Nunca residió en Italia, contrariando así la tradición alemana del “gran viaje” (Kavaliertour) ejemplificada en el siglo XVIII por Winckelmann, contemporáneo de Kant y prusiano como él, o, una generación después, por el gran Goethe.

Kant no hizo sino el “pequeño viaje” entre su casa y la torre del reloj. Esa vida sin relieve, sin drama, aparentemente sin crisis, concierne a la parte más íntima del hombre que fue Kant. Nunca estuvo enamorado, toda su vida permaneció célibe, nunca tuvo ni amante ni esposa. Formó parte de esos grandes hombres, como Newton y Robespierre, a quienes la carne femenina los dejó siempre como mármoles: incorruptibles, asexuados.

Nunca hubo una mujer en la casa de Kant, ni siquiera una sirvienta. Tenía un criado, el fiel Lampe, a quien Kant despidió, según se dice, al saber que se casaría. Electrón solitario, Kant no frecuentaba a sus numerosos hermanos (de los nueve hijos del artesano sillero Johann Georg Kant y de su mujer Anna Regina, cinco alcanzaron la edad adulta). Ni

# H

Noviembre 25 de 2004

Academia de Humanidades FES-Acatlán

siquiera a su hermano Johann Heinrich que era pastor y le escribía afectuosas cartas.

Digámoslo francamente: Kant es un mal cliente tanto para los biógrafos como para los amantes de aventuras. A diferencia de Pitágoras, de quien dice la leyenda que vivió veinte vidas enteras, parece que Kant apenas vivió una sola.

Sin embargo, yo no comparto el punto de vista de quienes ven en la monotonía de su vida un estrechamiento o cerrazón filosófica. Yo quisiera demostrarles que existe en esa banalidad querida, cultivada, algo que es consubstancial a la filosofía de Kant y a la filosofía en general. Quiero explicarles por qué el celibato, lejos de ser una cuestión accidental, forma parte de la esencia misma de la filosofía.

Esta tesis puede parecernos incómoda hoy día. Sin embargo, nunca elogiaremos suficientemente la sabiduría del filósofo que no ha querido compartir su vida con mujer alguna. Se puede considerar discutible el sistema kantiano, se puede uno reír del personaje, pero hay un asunto sobre el que Immanuel Kant no puede sino suscitar la admiración universal: su celibato. Todas sus tesis son discutibles excepto una: el filósofo digno de ese nombre no se casa.

En cuanto a su vida sexual, les ruego abstenerse de todo prejuicio, no juzgarla precipitadamente, incluso no juzgarla, en la medida de lo posible. Les ruego adoptar la actitud preconizada por Spinoza en su Tratado político: “no reír ni llorar, sino comprender”.

Kant no vivió como eremita, alejado de su ciudad y de su tiempo. Cuidémonos de imaginarlo como

enemigo de la vida mundana, recluso en una torre de marfil. Sospecho que sus biógrafos han “pulido” su vida, para encerrar al personaje en una vitrina: borrando sus asperezas y sus manchas han fijado para la historia un Kant avejentado y obsesivo. Sin embargo, ese hombre vivió antes de llegar a ser célebre, es decir, antes de cumplir sesenta años. Cuando no era sino un magister, frecuentaba las tabernas y jugaba al billar, a veces incluso bien entrada la noche. Cuando llegó a ser profesor titular y pudo comprarse una casa y pagar un mozo, se complacía acogiendo a sus invitados en las comidas que él organizaba y que se prolongaban hasta el atardecer. Kant salía con agrado y se dejaba invitar por lo mejor de la sociedad de Königsberg, que lo apreciaba como “amable compañero”, tal como lo describió un testimonio de aquella época: “es el viejo más despabilado y ocurrente, un verdadero bon vivant en el sentido más noble; digiere tan bien los platos fuertes como el público digiere mal la filosofía que él le ha dado a leer”. En las veladas del conde y la condesa de Keyserling, en cuya casa había sido preceptor durante sus años de juventud, Kant tenía un lugar de honor. Como lo señala un testimonio: “él era casi siempre quien desataba y dirigía la conversación”. Kant podía hablar de todos los temas y le consultaban sobre cualquier asunto. En 1774 un sabio físico encargado por las autoridades de la ciudad de instalar el primer pararrayos de Königsberg en el campanario de la iglesia de Haberberger, escribió a nuestro filósofo para pedirle su punto de vista. ¡Kant consejero sobre truenos y relámpagos!

Fuente: Jean-Baptiste Botul. *La vida sexual de Immanuel Kant*. Trad. y pról. de Dulce María Granja. México, UNAM, 2003 (Col. Pequeños Grandes Ensayos, Núm. 4). pp. 27-32.

# PROFESOR

Orienta tu práctica docente con las ideas pedagógicas de grandes pensadores, tales como Platón, Quintiliano, Séneca, San Agustín, Rousseau, Kant, Durkheim, Piaget, Freire y otros más en:

## CLÁSICOS DE LA PEDAGOGÍA

Por Sergio Montes.

*De venta en la librería de la FES-Acatlán.*